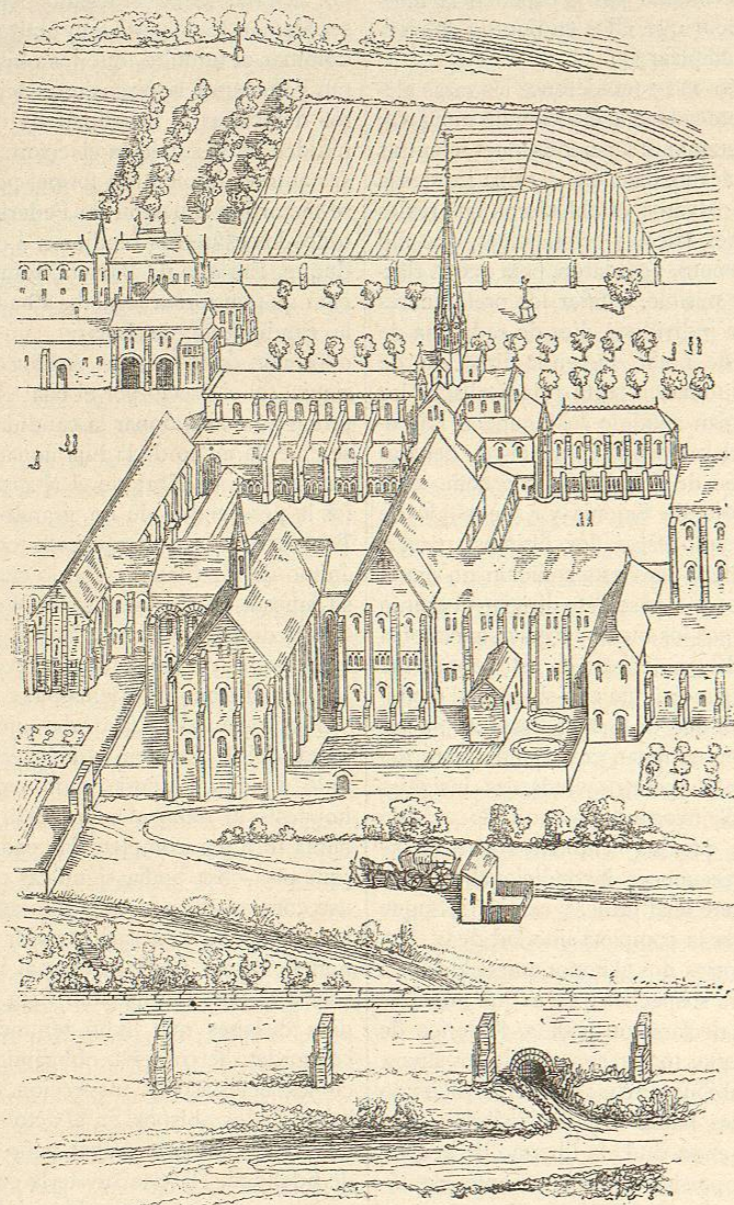


dia de discusiones generales inútiles, pero que con su actividad sabia utilizar los hechos consumados en pro de los derechos de la monarquía,—pudo conquistar respecto de los obispados alemanes mayores atribuciones de las que segun el texto del concordato se le habian conferido.

El cuidado principal de Lotario fué la cuestion de los Staufen. Federico de Suabia se habia conformado con lo sucedido, á pesar de la infame maquinacion de que habia sido víctima, y sometióse á Lotario; pero esta paz engañosa

no podia durar mucho tiempo, pues el rey trabajaba para arraigar poco á poco su soberanía en los territorios dominados por los Staufen, que se habian emancipado por completo de su autoridad. Su poder se limitaba todavía á Sajonia, pues podia decirse que era nulo en Suabia y en las comarcas del Alto Rhin. Así, en el otoño de 1125, se dirigió contra los Staufen, provocando en Ratisbona,—sin nombrarlos, pero refiriéndose á ellos claramente,—una sentencia del tribunal de príncipes sobre la cuestion de si los bienes confiscados



El monasterio del Cister

de los que estaban fuera de la ley debian pasar á ser propiedad del rey ó del imperio, y de si los bienes del imperio que el rey hubiese adquirido de los que los habian obtenido como compensacion de los confiscados, pasarian ó no al patrimonio particular del monarca. Una y otra cosa habia hecho Enrique V en la época de la lucha de las investiduras, adquiriendo una porcion de bienes del imperio confiscados y permutados y agregándolos al patrimonio hereditario sálico, á consecuencia de lo cual habian pasado á poder de los hermanos Staufen, como herederos de los salios. Los príncipes decretaron que esta clase de bienes seguian siendo bienes del imperio y nunca podian ser considerados como patrimonio del monarca; con lo cual dieron á Lotario el pretexto

deseado para atacar á los Staufen, los cuales se vieron amenazados en las ricas posesiones del Alto Rhin que habian adquirido como herederos de los salios. Ignoramos los pormenores del procedimiento que para esto se siguió; solo sabemos que pasó por todos los trámites necesarios con una rapidez inusitada y llenando solo aparentemente las formalidades mas indispensables. El duque de Suabia no respondió á la citacion que se le hizo y se preparó á defender sus derechos con las armas, con lo cual favoreció los proyectos de su adversario. En una dieta que se celebró á fines de 1125 en Estrasburgo, fué, como enemigo del rey, proscrito del imperio, y se acordó hacer efectiva con la mayor rapidez posible esta declaracion. Así la guerra civil fué el primer

fruto que produjeron á Alemania la intervencion de la Iglesia en sus asuntos interiores y la influencia ejercida por la curia en la eleccion de monarca.

Lotario comenzó la lucha en condiciones desfavorables: el desdichado éxito de una campaña emprendida contra Bohemia á principios de 1126 quebrantó dentro del imperio su situacion, que ya no era muy sólida. Despues de la muerte del duque Uladislao (12 de abril de 1125), habia estallado en Bohemia una lucha por la posesion del trono entre Oton de Moravia,—hermano del duque bohemio Swatopluk, que habia sido en otro tiempo suplantado por Uladislao,—y Sobeslao, hermano de Uladislao, lucha motivada en que Oton no queria renunciar voluntariamente á las esperanzas

que antes habia podido concebir de ser el sucesor en el trono y que habian quedado destruidas por la inesperada reconciliacion de los dos hermanos durante tanto tiempo enemistados. El cambio ocurrido en el trono de Alemania destruyó tambien las esperanzas que de ser auxiliado por esta nacion tenia Oton de Moravia, por las buenas relaciones que mediaban entre él y Enrique V. Entonces presentó á Lotario sus quejas contra Sobeslao y, haciendo una narracion poco exacta de las cosas, consiguió que el rey, como soberano de Bohemia, citara á Sobeslao para responder de los cargos formulados, y no habiendo comparecido, decidiera reducirle por la fuerza á la obediencia. El paso de las montañas para llegar á la cuenca del Kulm, que se hizo bajo la direccion de



Sello de Lotario III (1125-1137)

Representa al emperador sentado en un escabel, ceñida la cabeza por una corona, de la que penden un racimo de perlas á cada lado, y llevando en la mano derecha el cetro y en la izquierda el globo con una cruz. La leyenda dice: LOTHARIVS DEI GRATIA III ROMANOR. IMPR. AVG.

Oton de Moravia, fué penoso y ocasionó muchas bajas en el ejército; y cuando Sobeslao, cuyas proposiciones de paz rechazó Lotario, atacó en 18 de febrero con fuerzas superiores á sus enemigos, los alemanes, en su mayor parte sajones, sufrieron una terrible derrota, á consecuencia de la cual se vieron cercados por todas partes. Fué, pues, una gran suerte para ellos el que hubiera sucumbido en el combate Oton de Moravia, pues esto les quitó el verdadero pretexto de la lucha y les libertó del deber de continuarla. Por mediacion del marqués Enrique de Groitzsch, pariente del duque bohemio, firmóse una paz que, dejando á salvo el honor del rey aleman, colmaba todos los deseos y exigencias de Sobeslao. El vencedor pidió de rodillas al vencido su reconocimiento y fué desde entonces duque de Bohemia feudatario del imperio. El regreso á Alemania fué, sin embargo, triste, pues lo mejor de la nobleza guerrera sajona habia cubierto con sus cadáveres el campo de batalla: Sajonia se acordó durante mucho tiempo con vergüenza y rabia de la desastrosa derrota que les habia hecho sufrir el doblemente odiado bohemio. Por eso los sajones no tenian muchas ganas de emprender una nueva expedicion contra el de Staufen.

Los hermanos Staufen dispusieron, en su consecuencia, de tiempo sobrado para consolidar su situacion, mientras Lota-

rio firmaba solemnemente, durante la cuaresma de 1127, una alianza con los Welfos, confiando en Merseburgo su jóven hija Gertrudis al embajador de Enrique el Soberbio, que entretanto habia sucedido á su padre en el ducado de Baviera y que se casó con ella en Gunzenlech, solemnizándose la boda con grandes festejos. Poco despues estalló la guerra civil: Lotario, ayudado por Sobeslao de Bohemia, atacó la ciudad de Nuremberg, que habia sido fortificada por los Staufen; pero sus esfuerzos fueron inútiles, pues al ver que se aproximaba un ejército libertador suabo, tuvo que retirarse á Wurzburg, mientras los libertados nurembergueses saqueaban su campamento. Este comienzo desgraciado convenció á Lotario de la necesidad de adquirir nuevas alianzas. Para ello le ofrecia ocasion propicia la vacante del condado de Borgoña, ocurrida por el asesinato del conde Guillermo (primavera de 1127), que murió sin hijos. Mientras un pariente del difunto, el conde Reinoldo, se apoderaba de aquel país, sin tener en cuenta los derechos del imperio, Lotario concedió el importante territorio á Conrado de Zahringen, tío de Guillermo, con lo cual atrajo á su política á esta casa influyente y ambiciosa, que estaba unida por lazos de parentesco con los Staufen. Los zahringos no consiguieron con esta concesion mas que un título, pues el condado de Bor-

goña juntamente con la Provenza y el condado de Sitten, de él dependientes, se emanciparon por completo de la soberanía alemana; de suerte que Lotario no pudo contar, en su lucha contra los Staufen, con el poderoso auxilio de los zabringos, harto ocupados en aquellos territorios. Los deseos del rey no se vieron tampoco colmados en otro concepto: el ataque que contra Suabia dirigió Enrique de Baviera fracasó por efecto de la prontitud con que lo rechazó el vigilante duque Federico. Pronto creyó el partido de los Staufen llegado el momento de tomar el desquite del hecho de haber sido excluido su caudillo de la sucesión al trono. En efecto, en diciembre de 1127, los príncipes y señores de Suabia y de Franconia eligieron rey al menor de los dos hermanos, Conrado, probablemente porque como al hacerse la elección de Lotario se encontraba en peregrinación en los Santos Lugares no había prestado nunca ni jurado expresamente fidelidad al sajón. Parecía entonces que se volvía a los tiempos de Enrique IV: lo que entonces había hecho el partido jerárquico contra Enrique, por ser el defensor de los derechos del trono y del imperio,—oponiéndole como reyes usurpadores a Rodolfo de Suabia, luego a Hermann de Salm y finalmente a su propio hijo,—lo repitieron a la sazón contra él sus adversarios, que se reunieron y rebelaron llenos de confianza. Sin embargo, lo que entonces había sido permitido como un precepto de derecho divino y humano, era ya considerado como un crimen inaudito y anatematizado como pecaminosa insurrección, que merecía ser castigada con las más severas penas terrenales y con los más terribles castigos del cielo. Los Staufen no eran solo enemigos de Lotario, sino que eran también los representantes de las tradiciones del tiempo de Enrique IV y de Enrique V y los adalides de una monarquía eminentemente nacional enfrente de la tutela de la Iglesia y de los deseos de independencia de los príncipes. La proclamación de un contra-rey Staufen interesaba no solo a Lotario sino también a la curia romana, que detrás de él estaba; era una protesta de la nobleza laica del Sur de Alemania contra las concesiones con las cuales el duque de Sajonia había comprado la protección y el amparo de la Iglesia para su monarquía, asentada sobre bases tan poco sólidas. Esta protesta debía agrupar y unir en acción común a todos los que no querían ver la monarquía alemana convertida en monarquía eclesiástica, sino que aspiraban a mantener incólumes los derechos del imperio enfrente de la Iglesia, de sus obispos y de sus posesiones. La curia comprendió el peligro que amenazaba su apenas establecida soberanía. Al tener noticia de la proclamación de Conrado, los obispos alemanes congregados en Wurzburg por el rey, y entre los cuales figuraban en primera línea Adalberto de Maguncia, Norberto de Magdeburgo, jefe de los premonstratenses, y el no menos fanático Conrado de Salzburgo, lanzaron la excomunión contra Conrado, como usurpador del imperio, y también contra el duque de Suabia. El hecho de haber encontrado esta excomunión obediencia en el clero alemán demuestra los progresos que en Alemania había hecho el partido de la curia romana y hasta qué punto este partido había destruido la orgullosa independencia del episcopado alemán. A esto debe también atribuirse que el contra-rey Staufen confiara la lucha en Alemania a su hermano, marchando él a hacerla a Italia, donde la Iglesia podía ser alcanzada más de cerca que al Norte de los Alpes, pues todavía existían en la Lombardia los adversarios del celibato y de las demás reformas gregorianas, y aun subsistía allí el recuerdo de la antigua alta independencia de la Iglesia milanesa. Además, el antagonismo político entre los municipios urbanos y los obispos, que habían perdido su soberanía sobre ellos, ofrecía un importante lazo de unión; las simpatías que

allí había conquistado Enrique V prometían a Conrado una buena acogida, y si conseguía apoderarse de la herencia de Matilde se encontraría en situación de vencer por completo a sus adversarios, a quienes la Iglesia no podía prestar auxilio alguno. En un principio, esta empresa salió bien, pues a los ojos de los lombardos la excomunión por el papa lanzada contra Conrado era una recomendación en favor de este. Conrado fué, pues, recibido con muestras de júbilo en Milan, no solo por la población sino por el arzobispo Anselmo, que estaba en cuestiones con Roma por la concesión del palio, pues la curia la hacía depender de condiciones que Anselmo rechazaba por considerarlas atentatorias al honor de San Ambrosio. El arzobispo se manifestó por tanto dispuesto a coronar a Conrado rey de Italia, para lo cual, en opinión de muchos, tenía indiscutible derecho el heredero de los salios, como rey por sucesión natural. El día 29 de junio de 1128 tuvo efecto la ceremonia en Monza, siendo repetida pocos días después en Milan en la antigua y venerada iglesia de San Ambrosio. Conrado fué reconocido también por casi todos los magnates laicos de Lombardia y de Toscana, y pudo atreverse a proceder con rigor contra los que se le resistían. Con esto, sin embargo, no lo había conseguido todo, pues necesitaba disponer de mayores fuerzas, de mas poderosos recursos pecuniarios y de mayor número de soldados para poder dirigirse a Roma, dominar a la curia y desde allí hacer insostenible la situación de su enemigo en Alemania. Por esto procuró Conrado apoderarse de los bienes que la marquesa Matilde había legado a la Iglesia y que esta había constituido en feudos. El mal éxito de esta empresa quebrantó la consideración de que Conrado había gozado entre los mismos que hasta entonces habían sido sus partidarios, sobre todo desde que el papa Honorio II, hasta aquel momento detenido en el Sur por causa de los normandos, le opuso enérgica resistencia. Contra Anselmo de Milan se siguió, por haber coronado a Conrado, un proceso canónico que terminó con la excomunión del arzobispo. Los milaneses dejaron entonces de auxiliar a Conrado; las ciudades que en un principio había conquistado volvieron poco a poco a someterse a Lotario, su señor legal, y por último el de Staufen, abandonado por todos, se estableció en Parma, única ciudad que le permanecía fiel. Allí perseveró, según parece, en su intento hasta la primavera de 1130, pero cuando una reñida elección de papa dió lugar a un cisma, sin que ninguno de los dos papas hiciera caso alguno de Conrado, y procurando, por el contrario, ambos el reconocimiento de Lotario, el de Staufen dió por perdida su causa en los territorios del Sur de los Alpes. Mal se presentaban también para él las cosas en Alemania: en enero de 1130 Lotario se había apoderado de Espira y luego de Worms, con lo cual quedaba muy quebrantado el poder del de Staufen en el Alto Rin; y antes de terminar el año caía asimismo Nuremberg en manos del rey, viéndose con ello seriamente amenazada la situación de los Staufen en Franconia; de modo que difícilmente hubieran podido librarse de la suerte que sus enemigos les tenían preparada, si el cisma que entonces estalló no hubiera destruido la fuerza de la curia romana y privado a Lotario de su más firme apoyo. Esta crisis hizo posible una reconciliación de Lotario con los herederos de los salios y le ofreció,—aunque no había cumplido por lo demás las promesas hechas a la Iglesia con ocasión de su elevación al trono, respecto de las elecciones de obispos y de las investiduras,—la ocasión apetecida de romper los lazos con que le tenía atado la curia y de hacerse cargo insensiblemente de la herencia política de los salios; de suerte que de rey eclesiástico pasó a ser el representante regio del honor nacional y de los derechos del pueblo alemán. La situación que había alcanzado la iglesia en Alemania

era esencialmente distinta de la que tenía en Italia; la profunda exaltación de la vida religiosa producida por la lucha de las investiduras había traído como consecuencia un aumento de la religiosidad en Alemania. Mas incondicionalmente que nunca se adhirieron todos al movimiento eclesiástico, que entonces se desenvolvía libremente, para encontrar en el seno de la Iglesia la protección contra la reproducción de los errores que consigo había llevado durante las últimas décadas la dominación sálica. Esto sucedía principalmente en aquellas comarcas que mas habían padecido por efecto de la lucha de las investiduras, en los territorios fronterizos, en los cuales la lucha contra los vecinos paganos, que exigía la acción común del Estado y de la Iglesia, era una condición para la prosperidad económica de todos. Al reanudarse en estos países la actividad de las misiones y de la civilización, todo el mundo se sometió espontáneamente a la dirección de la Iglesia y desde ellos ejercieron influencia decisiva en Alemania los representantes de las tendencias eclesiásticas más austeras, los regeneradores del clero regular y secular, es decir, los cistercienses y sobre todo los premonstratenses. Con Norberto recuperó Magdeburgo la antigua importancia que le había dado Oton I, haciéndola el centro de la cristianización y de la germanización de los eslavos de allende el Elba. Los obispos de Brandeburgo y de Havelberg renacieron de entre sus ruinas y la fama de Anselmo, que estuvo al frente del último, traspasó las fronteras de Alemania. El arzobispado de Bremen, que tanto había perdido desde los tiempos del gran Adalberto, adquirió también nuevo esplendor y Adalberto II (desde 1123) pudo acariciar nuevamente los proyectos de creación de un patriarcado septentrional. Las misiones, que durante tanto tiempo habían permanecido inactivas, volvieron a su antigua actividad y tuvieron en Vicelin, que después fué obispo de Oldenburgo, un representante poseído de noble entusiasmo y de austeridad verdaderamente apostólica que supo ablandar poco a poco, con su incansante trabajo, el endurecido corazón de los eslavos transalbingios. Lotario apoyó enérgicamente estos esfuerzos, cuyos éxitos eran tan provechosos para los sajones y para su duque como para la Iglesia; la monarquía y la Iglesia iban en este punto perfectamente unidas y procedían por fortuna de común acuerdo, no obstante que Lotario, a pesar de la renuncia en otro tiempo hecha, ejercía realmente todos los derechos que a la monarquía según el concordato correspondían. Allí donde estos intereses comunes no estaban en armonía, como sucedía en Sajonia, fueron debilitándose las buenas relaciones entre Lotario y la Iglesia, y los representantes de las tendencias jerárquicas no ocultaban su creciente descontento respecto del rey. La hostilidad dejábase sentir especialmente entre Lotario y los arzobispos que tanto habían influido en su elección, Federico de Colonia y Adalberto de Maguncia. Esta enemistad redundó muy pronto en beneficio de los Staufen, porque la impotencia en que se encontraba en Italia la Iglesia impedía a esta obligar a Lotario a cumplir sus promesas. Calixto II había ya tenido que luchar con grandes dificultades y su apurada situación había sido un mentís dado a la celebración de su victoria por el sínodo de Letran, que ratificó el concordato de Worms. La paz con Alemania fué muy pronto causa de un nuevo conflicto con los normandos. Honorio II no había podido evitar que la Pulla y la Sicilia se unieran formando un solo reino, antes al contrario, había tenido que aprobar esta unión, por peligrosa que fuera para la curia, concediendo el feudo al rey Roger. A su muerte, y a consecuencia de un golpe de mano que dieron los fanáticos partidarios de la curia, ocurrió un cisma que amenazaba ser funestísimo para la Iglesia. En febrero de 1130, la mayoría del colegio de cardenales, cumpliendo

todos los requisitos electorales y procediendo a una elección perfectamente legal, nombró papa al cardenal Pedro Pierleone,—hijo de un banquero de origen judío que durante la lucha de las investiduras había alcanzado en Roma poder é influjo extraordinarios,—el cual tomó el nombre de Anacleto II. En cambio, violando todos los preceptos canónicos y por medio de una pérfida sorpresa, una pequeña minoría de cinco cardenales faltó a los compromisos adquiridos y proclamó jefe de la Iglesia al cardenal diácono de Sant-Angelo, Gregorio, que se denominó Inocencio II. Además de que el derecho estaba de parte de Pierleone, ninguna censura podía dirigirse contra su persona, su conducta y sus tendencias eclesiásticas; pero los irreconciliables fanáticos, en cuyas manos había estado la dirección de la Iglesia desde la lucha de las investiduras, consideraron intolerable que se pusiera al frente de la Iglesia a un hombre de las ideas del elegido por la mayoría. Esto no obstante, su golpe de mano parecía condenado a un fracaso completo: en favor de Anacleto II estaban la nobleza y el clero de Roma, Anselmo de Milan y, muy pronto, a ejemplo de la metrópoli, toda la Lombardia; y como el papa satisfizo la ambición de Roger de Pulla y Sicilia concediéndole la corona real, conquistó un poderoso apoyo terrenal que por de pronto le hacía independiente del reconocimiento y del favor de Lotario. En cambio, Inocencio II, que solo contaba en Roma con la protección de las poderosas familias aristocráticas de los Corsi y de los Frangipani, fué saludado con júbilo por los que en todos los países seguían las más severas tendencias eclesiásticas. El ejemplo de Norberto de Magdeburgo y de Bernardo de Claraval fué imitado por todo su partido. Decisiva fué sobre todo la actitud de Bernardo, que consideró la lucha por el reconocimiento de Inocencio, que según su opinión preconcebida era el único papa legítimo, como la misión de su vida, a la que se dedicó con todas sus fuerzas y al servicio de la cual desplegó todas sus admirables cualidades de agitador. El abad de Claraval fué el que conquistó para la causa de Inocencio primero a su propia orden, luego a las demás órdenes monásticas de Francia y por último al rey Luis VI y con él a toda la nación francesa. Inocencio fué también reconocido por Enrique I de Inglaterra. Por esto Inocencio II, que no podía sostenerse en Roma ni en Italia, se trasladó a Francia, cuya nación fué, por este acto, como en tiempo de Urbano, presentada a los ojos de toda la cristiandad como potencia protectora y defensora de la perseguida Iglesia.

Lotario no podía desear cosa mejor que este cisma, en virtud del cual caducaban todas las obligaciones gravosas que le habían sido impuestas. Anacleto estaba ciertamente dispuesto a comprar el reconocimiento del rey alemán a cambio de una renovación del concordato de Worms, bien que hecha en forma de concesión personal a Lotario. Con esta solución, conquistaba Lotario la mayor parte de Italia, conseguía la alianza de los normandos, se le facilitaba un arreglo con los Staufen, adquiría un seguro apoyo contra la hostilidad de los arzobispos de Colonia y de Maguncia, y de rey eclesiástico que en un principio había sido, pasaba a ser el jefe de los que no querían poner el imperio al servicio de las pretensiones de la curia. Lotario estaba de antemano dispuesto a reconocer a Inocencio II con tal que este le hiciera algunas concesiones respecto del derecho de investidura, pues poniéndose de parte de Anacleto II, a quien se calificaba de antipapa, se ponía en pugna con el episcopado alemán que se mostraba adicto a las tendencias de la curia, cosa que no podía intentar mientras durara la lucha con los Staufen, porque el conflicto que de ello resultara había de ser funesto especialmente para Sajonia. En efecto, la floreciente